Lo que muestran las sombras

“La belleza es un veneno. Mata a quien la posee y paraliza a quien la contempla.”

La balada de Caín, Manuel Vicent.

Frente al espejo eligió mostrar una apariencia de frescura. Destacó sus facciones iluminando esos lugares que ya recibían más luz que el resto. Mezcló la crema hidratante con el corrector y se lo untó en la cara. Con una brocha extendió el iluminador en los pómulos y en la frente y recorrió, como si llevara un barquito por las costas de un mapa, la mandíbula, recreándose en la barbilla, y saltando a la nariz. Luego con la yema de los dedos lo extendió y lo cubrió con un poco de colorete. Se miró ante el espejo como si viera a otra persona de la que tuviese que retener sus detalles más insignificantes, y culminó su descubrimiento dejando sobre las pestañas una máscara. Por último, les dio brillo a los labios.

Aquella mañana debía lucir una naturalidad arrebatadora. Quería gustarse, moverse con seguridad entre el público. Una vez que la decisión estaba tomada sólo cabía ser atrevida, desenvolverse como si todas las miradas fueran a estar puestas en ella y no le importase. Al contrario, deseaba disfrutarlo. Si tenía que ser, ya no quería que sucediera como un trámite tedioso, incómodo, del que solo esperas que sea rápido. Que durase, que quedase claro, que todo fuera abrir una herida como se abren unas ventanas el primer día de primavera.

Durante todo el invierno había estado frente al lienzo como ante el espejo. Le cambió el bastidor como si le cambiara la ropa a ese bebé que nunca tuvo, con tanto cuidado que algunos colegas del taller no pudieron callarse las bromas. Le quitó el polvo como si limpiara un rasguño del que manase la sangre débilmente; con muchísimo cuidado aspiró y deslizó un pincel fino por las hendiduras de la superficie, esperando eliminar hasta la primera mota de polvo que le hubiese caído en el caballete de Moro.

¿Qué dice tu mirada de suficiencia? -le preguntabas a la dama del retrato- ¿Cómo fue tú vida en ese mundo en el que el éxito y la desgracia lo obtendrías de los hombres? Quizá fuiste una triunfadora, quién sabe si pagaste caras tus cadenas de oro. Tus ojos no callan desde hace siglos, reinando en ese centro del universo que es tu rostro. Tus sombras lo muestran todo: el blanco poderoso escapa bajo las veladuras, tantas como matices, como un cultivo que creciera, capa a capa, hacia la luz. Cada transparencia desvelaba una piel perfecta, un cambio gradual de la tonalidad que hubieras querido besar, tumbándote junto a ella sobre el fondo oscuro.

Te detuviste en cada eslabón, en cada destello de las cadenas de oro, como si contases estrellas del firmamento. Te embelesaste con cada detalle del vestido acuchillado de esa desconocida, sin embargo, extrañamente familiar, y retiraste el barniz con tal delicadeza que estabas segura de no haberle añadido ni un minúsculo rasguño a la pintura. Fueron tan insignificantes los retoques de óleo, te tomaste tanto tiempo en igualar la paleta, te concentraste tanto en imitar con tal precisión el rastro de la pincelada, que esta iba a ser la más gratificante de tus restauraciones y, aún no sabes bien por qué, la que iba a cambiar tu vida.

La dama de las cadenas de oro debió querer a un hombre, como tú amaste. Habías deseado como sólo desean los jóvenes, sin concesiones. Te abrazaba, y no querías salir de entre sus brazos. Seguías con tus labios el contorno de los suyos, descansabas sobre su pecho y escuchabas los latidos de su corazón como un tam tam lejano, sin sospechar que te avisaba de un peligro que te acechaba.

El día que os conocisteis te divertías oyéndole poner voces a los personajes de los cuadros y creíste que, si seguías a su lado, serías feliz. Te compró regalos, te llevó a los mejores locales de fiesta, te vistió con la moda más cara, te rodeó con cadenas de oro. Cuando llegasteis ante mí lo repitió con el hombre que en ese momento me miraba y tú te sentiste su cómplice y pusiste tus palabras en mi boca y parecían reales y contabas mi historia y hablabas de lugares de los que no habías oído hablar. Pero, antes de que pudieras advertir el fracaso en mis ojos, él te cerró la boca con un beso, y ahuyentó tus dudas y tú creíste que aquello era amor.

No recuerdas cuando empezaste a hablar con ella, ni cuando pusiste tus pensamientos en su boca, pero día tras día, la fuerza de la imaginación te destiló las ganas de vivir una vida diferente. Desnudaste sus capas como te desnudas cada noche, pero cada noche olvidabas por qué soportabas a ese hombre palpitando, respirando, crujiendo junto a ti. Te alegrabas por no haber tenido ningún hijo con él. Te destruía no haber tenido un hijo. Llorabas, reías aliviada, te desesperabas, te hacías fuerte. Y lo único que te daba paz era sentarte cada mañana frente a la Dama y quererla, amando cada una de las palabras que era capaz de hacerte decir.

Durante los meses que estuviste mimando *La dama de las cadenas de oro*, que le pasaste algodones como si la acariciasas, habías imaginado cómo habría sido la vida de esa mujer y, sin darte cuenta, ya estabas pensando en cómo podría ser tu vida sin él, sin sus manos en tu cuello, sin tener que maquillarte para disimular sus golpes que marcaban tu cuerpo como el hierro de un pastor.

En la sala, rodeada de vuestros amigos, frente a *La dama de las cadenas de oro*, de Antonio Moro, le mirarás, y le dirás que no volverás a casa con él, que siempre es la misma historia, pero no tiene por qué acabar igual. Hoy saldría de tu vida ese olor rancio, a sudor, a tabaco, ese aliento a cerrado. No volverás a rozarle ni a tocar su ropa, que, por muy cara que fuese, siempre te pareció la piel de un lagarto.

“...Aviva en el espectador la conciencia del paso del tiempo que une el pasado con el presente...” leyó en la guía, y pidió café por puro reflejo, bien cargado, así lo pidió sin saber muy bien lo que pedía. Aquella noche se lavaría la cara y ahogaría el último recuerdo de aquel hombre extraño. Luego disimularía los poros abiertos, hidrataría el contorno de sus ojos para que no se marcasen las arrugas, extendería una base y polvo translúcido para iluminar los pómulos y lo “hornearía” unos minutos para que se disolviera en su piel. Con una brocha quitaría los restos, y bebería una generosa copa de cava antes de darle un toque de color a los labios. Miraría el espejo y vería una piel perfecta, pulida con sombras.

Roberto Pradas Sánchez-Arévalo